



EL SERMON DE LA MONTAÑA



Dios, santificado cada vez más, y participar por lo mismo de una felicidad siempre creciente. Jamás las expresiones sencillas y populares de que se valió para representar su reino podrán desmentir esta tendencia de toda su vida al establecimiento de un reino espiritual (1). Al mismo tiempo se habló en este sentido de la manera más clara y explícita (2). Tal es también el carácter y el principio completamente espiritual de su religión; tal es el sentido de todas las profecías que se refieren al Mesías y que comprenden a la humanidad entera, verdadero pueblo de Cristo, cuyo reino debía principiar entre los judíos para extenderse desde allí por todas las naciones paganas (3).

La doctrina de Jesús era perfectamente conforme al plan que acabamos de indicar. Él anunciaba con particular insistencia la unidad de Dios, *Padre de todos los hombres*; las prácticas poco numerosas que instituyó, tan íntimamente ligadas con la esencia de su religión, no encierran nada que sea puramente local, temporal ó nacional: estas mismas prácticas podían ser observadas en todas partes, y debían reemplazar poco á poco la ley mosaica, á la cual trataba de extender, purificar y transformar en una adoración en espíritu y en verdad (4), sin combatirla abiertamente. Los principios de su doctrina, tan antiguos como el espíritu humano, tomaban naturalmente en su expresión parábólica una forma eminentemente popular, acomodándose así á todos los grados de inteligencia: de este modo hicieron desde un principio grande impresión en el pueblo, que en medio de los trasportes de su admiración y su alegría exclamaba: «Este enseña como quien tiene autoridad, y no como los escribas y fariseos» (5). Semejante impresión se hacía cada vez más poderosa, á medida que Jesús hablaba y obraba entre el pueblo; pues para conseguir el objeto definitivo de su

misión cual era la conversión hácia Dios de la humanidad degenerada, mostraba siempre á este mismo Dios ofendido, como un amoroso Padre que previene al pecador y perdona al arrepenido, rebajándose hasta él en la persona de su Hijo único (1), viviente y sensible realización de la palabra y del hecho, de la idea y de la actualidad. Jesús había dicho: «Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra» (2); y probaba la verdad de estas palabras dominando las fuerzas de la naturaleza, resucitando á los muertos, curando repentinamente á los ciegos, sordos, paralíticos y toda clase de enfermos (3), y perdonando á los pecadores. Como Jesús había predicado la resurrección y la vida eterna, debía confirmar esta doctrina por medio de su propia resurrección. Así es (y tal era el carácter especial de su enseñanza) que Jesús hacía cuanto decía, y realizaba sus pensamientos con sus acciones, tal como en el principio de las cosas del Verbo todopoderoso y creador había dicho: «Hágase la luz, y la luz fué hecha.» De esta suerte, confirmada siempre su doctrina por el hecho, estaba al alcance de todos los entendimientos que no abrigaban preveniciones; y á los que rehusaban la verdad de su palabra, les argüía con sus acciones (4) y la imposibilidad de convencerle de ningún pecado (5). Por último, se dió á conocer en muchas circunstancias, declarando abiertamente que había nacido del Padre, y era uno con el Padre (6). «Quien me ve, ve á mi Padre» (7); sólo yo conozco al Padre (8); ya he «busco más gloria que la de Aquel que me ha enviado» (9); sólo el que es de Dios escucha las palabras de Dios, comprende la verdad y es «salvado por ella» (10).

(1) Mat., X, 8; XVIII, 21; XIX, 28; Marc., VII, 26.
 (2) Juan, X, 16; Mat., XXVIII, 19.
 (3) Mat., XV, 24. Cf. XXVIII, 19.
 (4) Mat., V, 17; Juan, IV, 21 sig.
 (5) Mat., VII, 28-29.

(1) Juan, III, 16.
 (2) Mat., XXVIII, 18.
 (3) Mat., IV, 23.
 (4) Juan, X, 38.
 (5) Juan, VIII, 45.
 (6) Juan, XII, 29; VIII, 55; Cf. V, 17.
 (7) Juan, X, 32; XII, 45.
 (8) Juan I, 18; VII, 29.
 (9) Juan, VII, 17-18.
 (10) Juan, VIII, 32, 46, 47.



San Justino mártir (1) caracteriza perfectamente la doctrina de Jesús de esta manera: »Sus discursos, dice, eran cortos y terminantes; su palabra no era la de un sofista, sino »la virtud del mismo Dios.» Como Hijo único del Padre (2), lleno de gracia y de verdad (3), puesto que en él habitaba corporalmente la

- (1) Justín. mart. apol. I, c. 14 ad fin.
- (2) Juan, III, 16.
- (3) Juan, I, 14.

plenitud de la divinidad (1), él era la vida y el que sólo podía comunicarla a los otros (2); él sólo podía convertir en hijos de Dios (3) a los que creyesen en su nombre y en su misión, y probasen la sinceridad de su penitencia por medio de su fe y de sus obras.

- (1) Col., II, 9.
- (2) Juan, I, 4, 5. 26; X, 9; XIV, 6.
- (3) Juan, I, 12.

pleno de la divinidad (1), él era la vida y el que sólo podía comunicarla a los otros (2); él sólo podía convertir en hijos de Dios (3) a los que creyesen en su nombre y en su misión, y probasen la sinceridad de su penitencia por medio de su fe y de sus obras.

- (1) Col., II, 9.
- (2) Juan, I, 4, 5. 26; X, 9; XIV, 6.
- (3) Juan, I, 12.

CAPÍTULO VII

Jesús funda una sociedad religiosa.—Jesucristo en presencia de los judíos.—Muerte de Jesús.—Resurrección de Jesucristo.—Su Ascensión.

FUENTES: Prand, *¿Cristo ha fundado la Iglesia? ¿Qué carácter tiene ella? Munich, 1832. Sobre las relaciones necesarias entre el cristianismo y la Iglesia. Véase Dieringer, Sistema de los hechos divinos del cristianismo. Mag., 1841, t. I y II.*

Habiendo Jesús enseñado su doctrina como la religion absoluta y universal, habiéndose además declarado por Salvador del mundo que debía librar a la criatura de la maldicion del pecado y restablecer la comunicacion viva de la humanidad con Dios, de la universalidad misma de una obra que debía abrazar a todos los siglos y todas las naciones, se deducia forzosamente la necesidad de reunir en una sociedad religiosa a los hombres de todos los tiempos y de todos los países. Y ciertamente Cristo no es en realidad el Salvador del mundo, sino en cuanto que presta a todos los hombres, siempre y en todo lugar, así como los prestó a sus contemporáneos durante los dias de su vida terrestre, los medios de participar de la vida divina, uniéndose a Aquel que es su fuente y origen. Es necesario que exista siempre en el mundo una palabra que, como la del mismo Jesucristo, sea verdadera, divina é infalible; es necesario que haya perpetuamente en el mundo una virtud que, como la de Jesucristo, opere la remision de los pecados y la santificacion de las almas; es necesario que haya constantemente en el mundo una autoridad que obligue a la obediencia y a la sumision, y conduzca a la salvacion de un modo tan infalible como la autoridad del Salvador; es necesario, por último, que haya incesan-

temente en el mundo una sociedad religiosa que, nacida de Dios y ligada con Dios, funde la beatitud de Dios tan verdaderamente como la sociedad de Jesús cuando vivió en la tierra en medio de sus discipulos. Esta palabra y esta virtud, esta autoridad como esta sociedad, sólo pueden fundarse en Dios; de manera que la presencia continua y la accion perpétua de Dios entre los hombres, es la condicion absoluta del establecimiento, desarrollo y duracion del cristianismo en la tierra. También era necesario, para que la obra llevada a cabo por Cristo (una vez vuelto éste a su gloria) se perpetuase en el mundo, y fuese el patrimonio de todas las generaciones futuras, que Cristo tuviese siempre entre los hombres un representante igual a él en todo: tal fué el sentido, tal el efecto de la promesa hecha por Cristo, de que enviaria al Espíritu Santo. Dios se hizo hombre para salvar al mundo: el Espíritu Santo, presente siempre en la Iglesia, representa la naturaleza divina de Cristo; y por lo mismo era preciso que el Espíritu tuviese una accion humana y se comunicase por medio de órganos humanos, para que también estuviese representada su humana naturaleza; tal fué asimismo el sentido y tal el efecto de la otra promesa, en virtud de la cual los apóstoles debían ser los representantes del